



José Antonio Figueroa Pérez,  
**Del nacionalismo al exilio interior: el contraste entre la experiencia modernista en Cataluña y los Andes americanos,**  
 Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2001.

### La diferencia como desigualdad

Sin apelaciones altisonantes al lugar común que hoy constituyen la trans e interdisciplina, el texto de Figueroa sorprende por la articulación de referencias y textualidades provenientes de diversos campos académicos: lo económico, lo histórico, lo político y lo cultural se conjugan mutuamente en el esfuerzo por dar razón de cómo el imaginario universalista se produjo en el caso de la modernidad catalana, permitiendo a los sectores subordinados un espacio de realización parcial pero efectiva; ello, en contraste con el caso de Los Andes en Colombia y Ecuador, donde tal modernidad resultó inefectiva y excluyente.

En tiempos de languidez académica, donde las teorías débiles se imponen y las cortesías académicas impiden la sana confrontación y el diálogo sin concesiones, resulta por demás saludable la decisión del autor de sostener tesis polémicas, y hacerlo con definida frontalidad. Diríamos que lo más decisivo consiste en sostener que las políticas de las di-

ferencias, en realidad lo han sido (y lo son) de promoción de la desigualdad. En tiempos en que el elogio de la diferencia es parte de lo ya establecido, y en los cuales el indigenismo ha adquirido enorme peso -especialmente en Ecuador-, tal tesis resulta inevitablemente polémica, y confronta con los sentidos ya sedimentados en la discusión pública, y por cierto en la de las ciencias sociales.

Figueroa muestra -apoyándose en múltiples casos-, que la diferencia indígena en Los Andes ha constituido una manera de impedir a los que se asume como diferentes cualquier posibilidad de acceso a la igualdad de derechos y oportunidades. De modo que diferenciar sería muy cercano a folklorizar; y la folklorización lleva -nos plantea el autor, aunque la expresión sea nuestra- a que aquellos que son nominados como distintos aparezcan como no pasibles de los derechos que se adscribe a quienes se plantea como sujetos plenos de ciudadanía.

Es cierto que un dato puede interpretarse de maneras diferentes (incluso en ciencias físico-naturales, y obviamente más en ciencias sociales). De tal modo, podría argumentarse que los casos ofrecidos por Figueroa no son todos los posibles -nunca podrían serlo, por supuesto-, y también que la interpretación de los que presenta podría ser otra. Pero sin dudas la propuesta del autor se hace convincente cuando sigue muy detalladamente una serie de casos históricos, como también algunas narrativas literarias y filosóficas propias de Cataluña, y de los dos -por cierto que diferenciados- casos de Los Andes bajo análisis. Un fuerte mérito de dicho texto es su minuciosidad en el seguimiento "a la letra" de filósofos catalanes como Balmes, o de informes como el presentado por el literato Jorge Isaacs. La lectura que se hace por Figueroa es atenta a los meandros y matices, de modo que puede seguirse con singular detalle la manera en que autores conservadores, católicos y liberales plantearon la modernidad en aquel espacio de España, y contrastarlo con el discurso de las elites criollas de Los Andes, y el evidente desinterés de éstas por el universalismo incluyente.

También es de destacar que se haya estu-

---

diado a fondo a autores católicos y conservadores, muy ajenos por sus posiciones a los sociolectos propios de los intelectuales contemporáneos. Bourdieu destacó alguna vez cómo los científicos sociales tendemos a preferir las temáticas en las que nos identificamos, y dejamos de lado aquellas que nos son más lejanas. De tal modo, acabamos ignorando casi todo sobre quienes ideológicamente nos son diversos y –por cierto- de quienes nos resultan antagónicos. El resultado –en tales casos- no puede dejar de resultar altamente deficitario. En cambio, Figueroa asume la paciencia de seguir detalladamente a autores ubicados en un catolicismo cuya versión hoy sería en gran medida obsoleta. Y vale la pena subrayar que el catolicismo (y el cristianismo en general, actualmente) resulta un factor constitutivo central de la cultura latinoamericana, cualquiera fuera nuestra opinión al respecto; lo cual nos exigiría atenderlo con mucha mayor precisión y respeto intelectual.

Entiendo plenamente compartible un supuesto central del texto: la primacía de lo político respecto de lo cultural. Asumiendo que sin dudas existe una dialéctica de mutua constitución entre ambos, creo saludable no asumir a la cultura como una especie de “destino preconstituido” al cual cabría rendirse, sino más bien como un espacio relativamente maleable sobre el cual la política debe actuar, como voluntad abierta de cambio y de construcción activa.

Sin embargo, en este mismo punto cabe un matiz respecto de la posición de Figueroa. En su caso, la comparación de Los Andes con Cataluña se sostiene en la idea de que la diferencia indígena ha sido por completo construida por el discurso de las elites, con la finalidad de sostener la exclusión. En contraste, el éxito inclusivo de las elites catalanas habría radicado en su decisión discursiva de inclusión, que convirtió a los subalternos en objetos de atención y sujetos de derecho.

Nos parece que el contraste entre ambos casos requeriría admitir que no han partido de *condiciones iniciales* mutuamente equivalentes. Es nuestra impresión que la diferencia indígena responde a una condición histórico-cultu-

ral más distante de la condición iluminista de universalismo que la de los obreros catalanes, y que de tal modo la inclusión en los casos de Los Andes –aún en la mejor de las opciones- hubiera resultado más problemática.

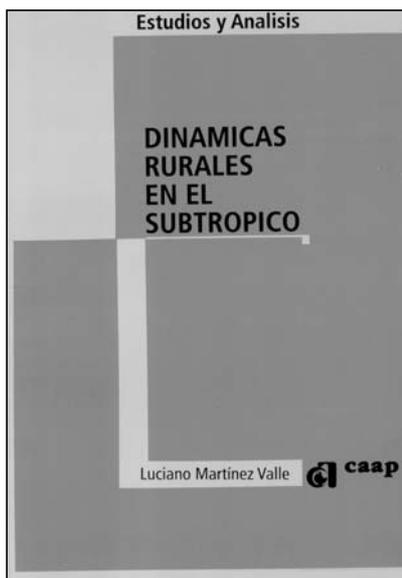
Ello no obsta para que la crítica de Figueroa al particularismo indigenista resulte contundente. Las políticas de la diferencia pueden servir para promover a una minoría por sobre las otras, y para que el poder establezca el “divide y triunfarás”. Si la diferencia es incapaz de articular sus especificidades en alguna forma de universalismo, resulta en la exclusión de otras diferencias, cuando no en la asunción implícita de la desigualdad como si fuese natural o respondiese a un destino.

Lo que resulta más discutible es si todas las diferencias son un efecto discursivo promovido desde los sectores sociales dominantes, o si en cambio al menos algunas de éstas devienen de alguna condición histórica específica (según ya señalamos), o fueron promovidas desde los sectores populares mismos en su búsqueda de reivindicación. Podría argumentarse que no siempre y necesariamente la diferencia ha resultado en políticas particularistas, y que podría pensarse en alguna universalidad como rearticulación de diferencias.

La apelación por Figueroa a autores poscoloniales y algunos de *estudios culturales* también motiva algún interrogante, en cuanto estos –con muy fuertes distancias mutuas- en ningún caso están a favor del nacionalismo, cuya modalidad incluyente es sostenida por el autor como ejercicio de universalidad política.

Pero es allí precisamente donde reside la evidente riqueza del texto: en su capacidad de interpelación y de contrastación de posiciones. Cuando los fáciles consensos llaman a forzadas unanimidades en que se solaza la nimiedad académica, la voz de Figueroa resuena sanamente clara. Y llama a cuidar de la creencia según la cual toda política de la diferencia está a favor de los que son definidos como diferentes. Lo cual constituye sin dudas un reto singular para estos tiempos de posmodernismo *en acto*.

Roberto Follari



Luciano Martínez Valle,

**Dinámicas rurales en el subtrópico,**  
CAAP, Quito, 2003.

Luciano Martínez nos presenta un estudio que tiene doble mérito: el primero es abrir el debate sobre la agricultura familiar en zonas de colonización escasamente investigadas, y el segundo, abordar el tema con solvencia teórica y empírica en el contexto de la globalización excluyente.

La investigación se realizó en un área subtropical de la provincia de Cotopaxi que comprende tres cantones (La Maná, Pangua y Pujilí). Según el autor, una “micro región muy diversificada” donde hubo un viejo proceso de colonización espontánea que permitió tanto a la población indígena como mestiza de sierra y costa ocupar distintos pisos ecológicos y desarrollar diversas estrategias productivas.

El estudio nos revela los rasgos más importantes del proceso de colonización en la zona como también los cambios y modificaciones de las dinámicas productivas típicas en un contexto donde es decisiva la lógica aperturista que impone el capital. Al igual que en otras áreas, en el subtrópico la colonización espontánea fue una opción para campesinos con limitados recursos productivos que buscaban acceder a la tierra para usarla con una lógica de subsistencia antes que con una actitud de respeto al medio ambiente. Este proceso sin duda amortiguó conflictos sociales, descongestionando la presión campesina por

tierra existente en otras áreas y permitió en el subtrópico la recreación del espacio productivo por parte de flujos de población que provenían mayoritariamente de la sierra antes que de la costa y que en su mayoría eran familias de origen mestizo y no indígena. En los inicios del proceso de colonización las estrategias productivas que desarrollaban las familias revelaba su distinta procedencia regional, esto fue más evidente en la población indígena en cuyas prácticas de trabajo se mantuvieron ciertos rasgos de su cultura. Sin embargo, con el transcurso del tiempo las nuevas generaciones de indígenas habrían desarrollado un patrón socio-productivo muy similar al del colono, lo que a la postre ha coadyuvado a cierta “homogeneización productiva” entre población de origen serrano y costeño.

El autor llama la atención sobre el surgimiento no planificado de “clusters productivos” en torno a la producción de caña de azúcar y de leche en las parroquias pertenecientes a La Maná y a Pangua. Estos procesos de transformación se realizan en condiciones muy precarias (bajo nivel tecnológico y poca calificación de la mano de obra en las tareas de procesamiento). Por ello, los quesos, el aguardiente y la panela que se elaboran no reúnen calidad suficiente. Los “clusters productivos” serían “viejas estrategias de sobrevivencia familiar” que no han desaparecido a pesar de las limitaciones con que funcionan porque es el procesamiento artesanal de la caña de azúcar y de la leche lo que ha permitido a las familias crear fuentes de empleo y de ingresos aprovechando los insumos que disponen.

Los hallazgos de investigación sobre el comportamiento y los cambios que ha experimentado la agricultura familiar en la zona, cuestionan la noción tradicional de campesino (al igual que lo hacen Pérez Iruela y Sevilla para el caso español) y demuestran que la agricultura familiar de la zona estaría en crisis, puesto que como expresa el autor no existe la “unidad familia-explotación agrícola”. El debilitamiento de la agricultura familiar guarda relación con el deterioro de su base productiva. Uno de los factores determinantes de éste deterioro es el limitado acceso a la tierra, tendencia que en la zona se agudiza entre otras razones por el funcionamiento de un mercado de tierras que excluye sobre todo a los pequeños propietarios (unidades de hasta 5 has que

---

en la estructura agraria de la zona corresponde a más del 50% de las fincas). En estas condiciones, la agricultura ha dejado de ser el eje de la economía familiar y se produce un excedente de mano de obra que debe buscar opciones de empleo fuera del predio. Es evidente que el resquebrajamiento de la agricultura familiar conlleva el abandono del uso tradicional de la mano de obra para optar por la diversificación de actividades de sus miembros.

La agricultura empresarial aprovecha la abundante mano de obra excedentaria que se encuentra entre campesinos minifundistas, pero también la de los campesinos sin tierra y/o la de los habitantes de ciudades -especialmente de la Maná-, lo que presenta notables cambios en los últimos años. De esta forma, en la zona funciona un dinámico mercado de trabajo (con predominio de relaciones salariales) que ha influido para que ciudades como La Maná se conviertan en proveedoras de mano de obra especialmente para las plantaciones bananeras de las empresa de Álvaro Noboa y Segundo Wong.

Uno de los aspectos más interesantes del estudio es el análisis del mercado de trabajo de las plantaciones bananeras de la Maná en el marco de la flexibilización, situación que para los trabajadores de la zona ha significado inseguridad de empleo, bajos sueldos, alta rotación de la mano de obra y ausencia de prestaciones sociales. La flexibilización laboral ha sido muy ventajosa para los empresarios bananeros, puesto que los costos de producción de la fruta se tornan competitivos en el mercado internacional básicamente por el bajo costo de la mano de obra. En cambio, para los trabajadores, la flexibilización y desregulación laboral ha significado la precarización del empleo y del salario debido al sometimiento a las condiciones que impone el capital en el funcionamiento del mercado de trabajo.

La dinámica del capital ha ido restado espacio a la agricultura familiar y en su lugar parecería surgir una modalidad de "agricultura de contrato" que funciona en la Maná en torno a la producción de banano y sorprendentemente del orito que últimamente ha adquirido gran importancia como cultivo comercial para exportación. La vinculación que establece la agricultura de contrato del orito es entre mini-plantaciones campesinas (a decir del autor) y la empresa Noboa, estrategia que logra minimizar los riesgos empresariales, compran-

do la producción a campesinos minifundistas.

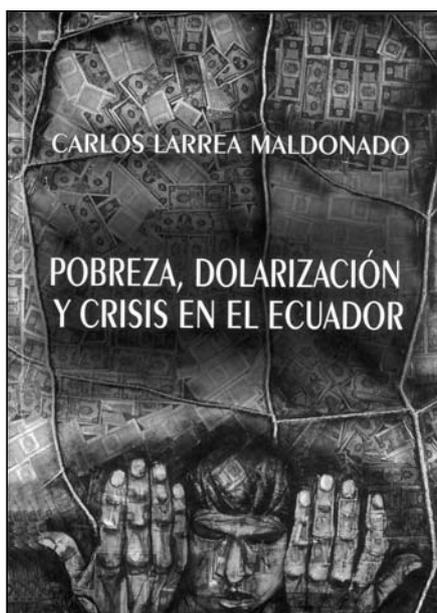
El autor acertadamente señala que la agricultura de contrato tiene implicaciones positivas y negativas sobre las dinámicas productivas de la zona. Sin duda a nivel de los productores se logra generar empleo, mejoramiento de los ingresos, acceso a tecnología y precios más o menos estables para su producción, pero el mayor riesgo que corren estos productores son los cambios que presenta el mercado internacional y que podría determinar el incumplimiento de los contratos. Los aspectos más polémicos de la agricultura de contrato se refieren al establecimiento de una "relación entre partes desiguales" en la cual se perjudica al más débil, o sea, a los pequeños productores que carecen de una organización para defender sus intereses y que desconocen cómo funciona el mercado especialmente el externo.

El análisis crítico de la dinámica local que presenta el estudio demuestra que en la zona la lógica del mercado globalizado ha modificado la vinculación de las familias campesinas al mercado de modo que la agricultura empresarial logra un máximo aprovechamiento de las ventajas que tiene la zona. En cambio las reglas de juego que impone el mercado ha colocado a los campesinos en condiciones de mayor vulnerabilidad frente al capital ya sea para competir en el mercado interno como en el externo. Las distintas dinámicas productivas se desarrollan en un contexto local donde la institucionalidad es muy débil, es decir hay ausencia de un proyecto local de desarrollo que recoja los diversos intereses como producto de consensos y acuerdos institucionales e igualmente hay carencia de capital social dados los débiles niveles organizativos de la población tanto urbana como rural.

Este trabajo abre un abanico de nuevas problemáticas presentes en el mundo rural que no han sido hasta ahora abordadas y por lo mismo merecen ser discutidas por los cientistas sociales, por los promotores de desarrollo (incluidas las ONG) y por todos aquellos que están interesados en analizar las posibilidades reales que tiene el desarrollo local en su articulación con lo global.

*María Dolores Vega*

Economista, Profesora de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Politécnica Salesiana  
pcb@interactive.net.ec



Carlos Larrea,

**Pobreza, dolarización  
y crisis en el Ecuador,**

ILDIS, IEE, FLACSO y Abya-Yala, Quito, 2004.

En este libro, Carlos Larrea Maldonado presenta una evaluación de una gran recopilación de datos económicos y sociales. No plantea ninguna hipótesis *a priori* que desea refutar, más bien, opta por hacer una lectura analítica de los datos. Este enfoque le permite al autor investigar cómo múltiples indicadores económicos y sociales se han comportado antes y durante el período de dolarización (hasta mediados de 2003). En este sentido cumple su objetivo principal de “analizar los efectos económicos y sociales de la dolarización y de la crisis en el Ecuador”.

El mayor aporte del libro es la recopilación y presentación de una amplia variedad de datos, que tienden a ser tratados en estudios por separado. Los macroeconomistas encontrarán terreno conocido en todos los indicadores en este ámbito. Para otras personas, los datos y gráficos presentados revelarán muchas realidades económicas durante el período de dolarización (algunas que la favorecen y otras que la desfavorecen). En cambio, los especialistas en asuntos sociales seguro encon-

trarán familiares los indicadores de pobreza, desempleo, género, etc. A su vez, varios de estos probarán ser novedosos para quienes se concentran en indicadores como el PIB, tipo de cambio, balanza de pagos, etc. Por ejemplo, el lector podrá comprender que la “bonanza inicial de la dolarización” durante la recuperación económica después de la crisis ha terminado (pág. 34). A su vez, le será revelador conocer que “la pobreza reciente producida por la crisis ha sido eliminada” (pág. 55).

La colección de los datos económicos y sociales, cuyo dominio típicamente está limitado a una rama de estudio u otra, es definitivamente un aporte. El análisis de los datos, sin embargo, no contribuye de la misma manera. Esto ocurre porque el autor no persigue probar o refutar ninguna hipótesis específica sobre la relación entre la dolarización y los indicadores sociales, lo que origina una evaluación sin un hilo central de evaluación. Si bien el enfoque es académicamente válido, crea el riesgo de llegar a conclusiones sin la debida secuencia científica de comprobación o refutación. Esta debilidad se hace más notoria en algunas secciones del libro.

La evaluación de los indicadores económicos es poco profunda y revela cierto juicio de valor subyacente del autor sobre el régimen monetario vigente. Esto se observa, por ejemplo, en la selección del período de análisis que conduce a una conclusión sesgada respecto al grado de pérdida de competitividad observada mediante el índice del tipo de cambio real (TCR). En todos los gráficos de los indicadores económicos el autor analiza períodos de tiempo largos (de 5, 7 y 10 años) antes de la dolarización, excepto en el caso del TCR, en el cual incluye sólo un año sin dar una explicación. Compara el nivel del este índice en su pico con el nivel de 2003, resaltando la fuerte apreciación que ha restado competitividad a la economía ecuatoriana. Pero una revisión de datos más larga revelaría que el nivel del TCR al momento de corte del estudio se ubicaba 7 puntos más apreciado que el nivel promedio de los años noventa y apenas 4 puntos sobre el nivel de equilibrio de largo plazo. Un

---

análisis de un lapso de tiempo más largo no permite atribuir a la dolarización un estado de competitividad *tan* desfavorable como el de los años noventa. De hecho, el autor cita estudios sobre la competitividad que en 1998 ya ubicaban a Ecuador en los últimos puestos de los *rankings* internacionales. Más bien, el índice de TCR refuerza uno de los argumentos centrales del autor sobre la deficiencia de muchos aspectos estructurales que, antes y después de la dolarización, han producido resultados económicos mediocres o malos.

Otro caso de relativo sesgo que surge por el enfoque de análisis ocurre mediante una omisión importante. Cuando el autor lista varios de los factores a los cuales atribuye ser los causantes de la alta inflación, sostiene que “el país mantuvo altas tasas de inflación, a pesar de la eliminación de la emisión monetaria”. Es decir, Larrea estaría implícitamente sosteniendo la hipótesis que la emisión corriente causa inflación. Sin embargo, como demuestran varias Notas Técnicas del Banco Central, existe un rezago de entre 10 y 12 meses (dependiendo del artículo) entre la producción de dinero y su impacto en la inflación. Es decir, si se tomara en cuenta que en los 12 meses antes de la dolarización la emisión monetaria superó el 170%, no se podría concluir que al dolarizar (*i.e.*, eliminar la emisión), la inflación iba a desaparecer inmediatamente. Precisamente esta es una de las hipótesis más erradas que vendieron al país aquellas personas que impulsaron el nuevo régimen. Al contrario, era predecible la (casi) imposibilidad de que la inflación baje antes de que los precios suban en por lo menos el 100% en el año después de la fijación cambiaria.

Este tipo de problemas son mucho menos evidentes en la sección de análisis de los indicadores sociales, donde el autor aplica más rigor. Por ejemplo, al utilizar análisis de regresión él logra separar cuantitativamente los efectos de los diferentes factores que han influido en los salarios medios, y sustenta los argumentos hechos cuando evalúa los mismos datos mediante cuadros y gráficos. En esta

sección aporta con una plétora de información de gran valor, cuyo profundo dominio el autor demuestra la última parte de libro.

Aparte de algunas conclusiones iniciales que por las razones expuestas considero no son debidamente sustentadas en el texto, la sección de “evaluación y perspectivas” es muy buena. Larrea plantea múltiples ideas y propuestas que atacan el corazón de los problemas económico-sociales que sufre el Ecuador. Sin divagar, él pone el dedo en la llaga. El lector de este libro no puede dejar de leer dos veces esta sección.

En suma, el libro “Pobreza, dolarización y crisis en el Ecuador” es un muy buen aporte al análisis y debate sobre los profundos problemas del Ecuador, incluyendo los retos que supone el rígido sistema de la dolarización.

*Gustavo Arteta*

Investigador de CORDES



Tamara Estupiñán,  
**Tras las Huellas de Rumiñahui,**  
 FONSA, Trama, Quito, 2003.

#### Iconoclasia o cívica alternativa

*Tras las huellas de Rumiñahui* explora las múltiples y contradictorias imágenes de este personaje que figura en las crónicas españolas y en el imaginario nacionalista de mediados del siglo XX. La minuciosa revisión de las fuentes escritas y de representaciones visuales permite a Estupiñán realizar una triple tarea: esclarecer quien fue el Rumiñahui histórico, explorar los sucesivos pasos del proceso de su idealización a manos de la historiografía nacionalista y desmitificar esta visión mítica. Al demostrar los errores de la visión oficial de Rumiñahui, Estupiñán toma distancia de la historiografía nacionalista de los años 30 y 40, aunque retiene su característica aspiración de que el pasado debe servir de guía cívica.

La historiografía nacionalista que surgió en torno a la crisis del estado oligárquico y la derrota del 41 ubicó los orígenes de la nación ecuatoriana en épocas remotas y negó la conflictiva diversidad de esta región en la época prehispánica y colonial. Se postuló una nacio-

nalidad ecuatoriana homogénea que siempre había existido -sea en calidad de colectividad indígena enfrentada con los españoles o de nación mestiza-. El culto a Rumiñahui es el producto de la búsqueda de orígenes remotos y de la insistencia en la unidad de la patria. En la mitología nacional, Rumiñahui -como muestra Estupiñán-figuraba como guerrero quiteño perteneciente a la estirpe dinástica shiri que combatió a los españoles en defensa de la libertad de toda la "nación ecuatoriana". Pero, ¿quién era el Rumiñahui histórico? La respuesta de Estupiñán, muy distinta a la versión oficial, es que era un mitimá oriundo de los Andes Centrales que luchó contra los españoles no en nombre de los indígenas quiteños, o mucho menos de una aun inexistente nacionalidad ecuatoriana, sino de los mitimaes que conformaban el grueso de las fuerzas de ocupación incaicas en Quito.

Tal desmitificación de Rumiñahui constituye un golpe severo para el ciudadano promedio socializado en el imaginario nacionalista y también para los maestros de escuela y cuidadores de monumentos que han servido de custodios de los símbolos patrios. Para los expertos en historia andina, en cambio, el Rumiñahui de Estupiñán no es una sorpresa. El Rumiñahui mítico era un subproducto del mito del "reino de los shiris" ya que era la supuesta fusión de las dinastías Shiri e Inca que hacía creíble la improbable figura de un general Inca de origen quiteño que logró aglutinar a la nación quiteña detrás una acción desesperada para salvar el dominio incaico. Pero el marco interpretativo del "reino de los shiris" fue totalmente descartado por la historiografía andina de los años 80, tal como ya había ocurrido entre la generación de historiadores positivistas de la vuelta del siglo. No es casual que Frank Salomón, quien resaltó la multiplicidad de señoríos prehispánicos en una obra célebre de los años 70, luego calificó a Rumiñahui de "general Inca" y afirmó que éste y los otros generales incas "movilizaron" a las "colonias mitimaes" contra los españoles pero no lograron aglutinar a los caciques quiteños que plegaron a los españoles<sup>1</sup>.

1 Frank Salomón, "Una nueva visión de la conquista", en *La Nueva Historia del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito, vol. 3, pp. 104-105.

---

A pesar de tener antecedentes, la lectura de Rumiñahui elaborada por Estupiñán posee matices fascinantes. Entre ellos se destaca la demostración de que Rumiñahui buscó proteger la dinastía de Atahualpa mientras éste estaba detenido en Cajamarca, en lugar de usurpar el poder para fundar una dinastía propia. Ello explica -según Estupiñán- por qué Rumiñahui no asesinó a los “hijitos de Atahualpa” que eran potenciales herederos del Inca. Igualmente fascinante resulta la afirmación de que el “tesoro Inca” de Quito no fue transportado, ni siquiera parcialmente, a Cajamarca, sino que fue recogido y custodiado por Rumiñahui. Todo lector de las crónicas sabe que Rumiñahui se apropió de los tesoros y mujeres del Inca en Quito y se los llevó a los Yumbos, pero ningún historiador anterior a Estupiñán había descartado de manera tan categórica que ninguno de los bienes suntuarios poseídos por Atahualpa fue enviado a Cajamarca para pagar el rescate. Mi única crítica a la reconstrucción histórica que realiza Estupiñán es la forzada distinción entre el “Quito aborigen” y el “Quito Inca”. El “Quito aborigen” es -de acuerdo al libro- el asentamiento de Quito al borde del Pichincha que llevaba ese nombre antes de la ocupación Inca, mientras el “Quito Inca” era una jurisdicción del imperio Inca correspondiente a la sierra norte y central del actual Ecuador. Pero esta nomenclatura genera distorsiones tales como calificar de Quito aborigen al minúsculo centro administrativo Inca que operaba en el entorno del Quito aborigen al borde del Pichincha o proponer que el tesoro guardado en dicho centro administrativo inca era aborigen porque se encontraba en este lugar. ¿No habrá consistido más bien en objetos de oro y plata y ropa de estilo Inca que funcionaban como símbolos de poder y objetos de culto entre la elite incaica?

El aporte más valioso de Estupiñán, sin embargo, no es el esclarecimiento del Rumiñahui histórico -en contraste con el personaje mítico- sino la crítica a la memoria colectiva y la detallada genealogía de la progresiva idealización de Rumiñahui en la historiografía nacional.

El enfrentamiento con los mitos de la nación ha sido la tónica de las ciencias sociales ecuatorianas desde la publicación de *Entre Mitos y Fábulas* del arqueólogo Ernesto Salazar. El programa iconoclasta ha sido fructífero ya que los mitos nacionales negaban la diversidad y fomentaban un peligroso e imposible revisionismo territorial. Estupiñán en esta obra culmina el desmantelamiento de los mitos sobre la antigüedad, extensión y eterna unidad de la nación que se forjaron para levantar el ego colectivo y sustentar los reclamos territoriales del Ecuador tras la derrota del 41. No obstante, su desmitificación corre el riesgo de ser estéril si es que su único fin es servir al desgastado ideal positivista de la objetividad. Estupiñán evade esta trampa al señalar que sus críticas a la mitología nacionalista apuntan a una comunidad política que tal como la antigua Roma fue formada de personas de distinta procedencia y siempre ha sido por tanto irreduciblemente diversa. La tarea pedagógica de construcción de un nuevo concepto de ciudadanía -una suerte de curso de cívica alternativa-, que aceptaría la diversidad y fundamentaría la convivencia no en una esencia compartida sino en un contrato social, explica tanto la claridad de la prosa del libro como sus recursos didácticos (la cronología y el cuadro sinóptico de frases claves de la crónicas).

La genealogía de la progresiva mitificación de Rumiñahui es el corazón de este magnífico libro. Con el tiempo Rumiñahui sufrió una transformación: pasó de ser el tirano cruel y usurpador que figura en las crónicas españolas para legitimar la interrupción de la sucesión dinástica incaica provocada por la Conquista española, a ser un héroe militar de origen quiteño que defendió el territorio nacional. Llama la atención la demostración de Estupiñán de que esta visión idealizada de Rumiñahui no está presente en la obra criollista de Juan de Velasco -fuente de una buena parte del imaginario nacional ecuatoriano-. El Rumiñahui héroe, si bien debía mucho a la ficción del reino de los shiris, tuvo que esperar -según Estupiñán -la Revolución Libe-

---

ral y la Guerra del 41. Fue Gonzalo Rubio Orbe quien en su *Biografía de Rumiñahui* de 1942 remató la idealización de Rumiñahui al proponerlo como modelo para dejar atrás las divisiones internas y la cobardía que condujeron a la debacle del 41. Mi única objeción a la genealogía conceptual expuesta por Estupiñán es que fue la crisis del estado oligárquico de los años 30 y no la Revolución Liberal la que preparó la respuesta historiográfica a la tragedia del 41. En toda la región andina, los años 30 atestiguan una redefinición de la comunidad política que buscaba la inclusión y la cohesión. Ésta encontró en los indígenas o en el mestizaje la identidad apropiada para naciones incluyentes y cohesivas.

En resumen, *Tras las huellas de Rumiñahui* es una obra importante que esclarece un personaje histórico clave, devela su progresiva mitificación y lo desmitifica en nombre de una cívica alternativa. En vista del virtual silencio de los historiadores en los últimos años, la obra de Estupiñán abre la posibilidad de una renovación de la historiografía ecuatoriana. Esperemos que su ejemplo inspire una nueva ola de estudios históricos dotados de sentido público.

*Carlos Espinosa*

Ph.D en Historia de la  
Universidad de Chicago